

tórico que es excelente. Pudimos observar en algunos cuadros una aproximación muy original a las vivencias de México, dentro del estilo mágico que siempre la ha caracterizado.

• Otra buena exposición en la misma Sala fué, sin duda, la de Juan Soriano, recién llegado de una larga estancia en Roma. Con el mismo espíritu juguetón y desaprensivo de siempre se ha atrevido a los más osados experimentos en busca de un nuevo lenguaje. Lo ha logrado en gran parte. Lo presentado tenía gran dosis de buena pintura, gran aprovechamiento de las lecciones de

los mejores pintores de hoy, y excelentes muestras de la rica fantasía que siempre le ha distinguido.

• La Galería Proteo presentó una magnífica exposición colectiva bajo el signo de "Salón del Arte Libre". Fueron los expositores: Rafael Barroso, José Bartoli, Ansgarius Borjesson, Geles Cabrera, Enrique Climent, Pedro Coronel, José Luis Cuevas, Enrique Echeverría, Jiménez Botey, Alberto Gironella, Mathias Goeritz, Dorothy Hood, Richard Kent, Eigmund Menkes, Felipe Orlando, Orozco Romero, Lucien Parizeau, Rufino Tamayo, Juliette La Chaume.

• El Instituto Mexicano-Norteamericano de Relaciones Culturales expuso, en su sede, reproducciones excelentes de pintura de Estados Unidos desde el siglo XVII hasta hoy. Figuraban Gilbert Stuart, John Trumbull, John James Audubon, George Caleb Bingham, Whistler, Winslow Homer, Thomas Eakins, John Singer Sargent, Mary Cassat, Albert Pinkham Ryder, Childe Hassam, Maurice Prendergast, George W. Bellows, Robert Henri, John Marin, Lyonel Feininger, Grant Wood, Georgia O'Keeffe, etc.

• En el Salón de la Plástica Mexicana se ha exhibido la obra del joven pintor Angel

Pichardo, que tiene un estilo parecido al de Osorio y al de Gordillo, ambos discípulos del notable pintor Alfredo Zalce. Tiene una magnífica técnica, un dibujo espontáneo y suelto y un colorido rico. En él se anuncia otro buen pintor de las nuevas camadas.

• En el Palacio de Bellas Artes y bajo los auspicios de la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos de Norteamérica, se abrió una espléndida exposición de grabados de artistas de aquel país. Una lección extraordinaria de oficio. Aparte de ello, hay que declarar que algunos temas estaban tratados con singular buen gusto.

JERARQUIA CIENTIFICA DEL FOLKLORE

CON el fin de establecer si el folklore no es simplemente lo pintoresco o lo exótico y el rango que le resulta dentro de la investigación, se requiere precisar previamente su concepto: ¿qué es el folklore? ¿cuáles son los fenómenos de que se ocupa? ¿en qué forma se ocupa de ellos? y ¿cuáles son los resultados de esa actividad?

Para los fines indicados se hace indispensable a la vez referirse a la historia de la determinación de la sistemática folklórica, desde el momento en que el folklore surge con una pretensión científica hasta las fases de su desarrollo ulterior, para después reflexionar acerca de sus peculiaridades y del rango que de éstas resulte tener.

Este capítulo lo he tratado con mayor amplitud en el estudio "Autonomía del Folklore y sus conexiones con la Sociología", presentado en el Congreso Nacional de Sociología en 1950, y sólo mencionaré lo que pueda resultar más útil para el objeto de este trabajo.

En 1846 el arqueólogo inglés William John Thoms creó con feliz acierto el neologismo, folklore: de *foll*, gente pueblo,

Por Fernando ANAYA MONROY



Eduard Hoffmann Kraysen

y *lore*, saber, con elementos del vocabulario arcaico anglosajón para referirse al acervo de la tradición popular (tradiciones, mitos, leyendas, canciones, etc.); en la inteligencia de que folklore resulta significar "saber del pueblo", pero no en el sentido de "lo que se sabe del pueblo", sino de "lo que el pueblo sabe".

La palabra nueva, como aconteció con el neologismo comtiano Sociología, adquirió pronto carta de ciudadanía mundial, descartándose otras sugeridas para designar a la tradición popular o al saber del pueblo, como Demótica, Demosofía, Demología, Demopsicología, etc., etc.

Pero a Thoms no sólo resultó debérsele la invención de un término para designar al dicho acervo de la tradición popular, sino el haber sido además decisivo

factor en el nacimiento del folklore a la vida científica como un tipo de conocimiento, categoría cuya consideración será el objeto principal de esta exposición. Esto no excluye la existencia de una serie de antecedentes, pero carentes de una efectiva sistematización, entre los que se han citado a Erasmo (con su "Adagia", José María Sbarbi, Gonzalo de Correas, Pedro Mexías, etc.), y en cuyas expresiones pretende Ismael Moya advertir la existencia de una ciencia folklórica muy anterior a 1846. Por lo que toca a México, debe mencionarse entre esos antecedentes al propio fray Bernardino de Sahagún, al protomédico Francisco Hernández, al duque de Linares en su "Instrucción al Sucesor", a Fernández de Lizardi, Guillermo Prieto, la marquesa Calderón de la Barca, García Cubas, González Obregón y otros; pero todos estos precedentes, con su innegable valor, resultan enmarcarse en una etapa que yo llamaría "de la no conciencia del Folklore".

Eco de las ideas de William John Thoms fué Gomme con la promoción e impulso de la "Folklore Society" de Londres en 1878, cuyos estatutos prescribían



Edward Burnett Tylor



Wilhelm Mannhardt

“la publicación de las tradiciones populares, baladas legendarias, proverbios locales, etc. A esta institución, según ilustra Guichot y Sierra, se afiliaron tradicionalistas, mitólogos, arqueólogos, psicólogos, filólogos, etc., publicándose a partir del propio 1878 el “Folklore Record”, al que sucedieron otras publicaciones cuya bibliografía se principió a dar a conocer por el mismo George Laurence Gomme, en la revista de 1882 y 1883. Aparecieron después los estudios de Juan Fenton, relacionando el folklore con la educación y la psicología y en 1889 y 1891 se reunieron, respectivamente, en París y en Londres, el Primer Congreso Internacional de Tradiciones Populares y el Segundo Congreso Internacional de Folklore, lo cual “determinó ya la constitución definitiva de la nueva ciencia”. A partir de entonces se han preocupado por el cultivo de esta expresión que adviniese como una nueva ciencia, en 1846, Francia, Italia, Suiza, Alemania y España, cuyo folklore fué organizado por Antonio Machado y Alvarez y en donde se fundan revistas científico-literarias y se formulan cuestionarios.

En cuanto a América, el movimiento de investigación folklórica se intensificó desde 1879 con la publicación del “Anuario de Etnología” y en 1884, en Boston, con la biblioteca ilustrada de “Cuentos de muchos países y libros sobre folklore y tradiciones populares”, destacándose en ese mismo afán, la Argentina, en América del Sur. Por lo que a México se refiere, con los precedentes ya citados y una serie de importantes aportaciones del Instituto Nacional de Antropología e Historia, como resultado de los cursos que impartiera Ralph Steele Boggs en 1945 “el folklore... pasó del diletantismo folklórico, del gusto por la nota de color y lo pintoresco, al estudio serio y reflexivo de los materiales folklóricos, a la recolección sistemática en el campo y a la aplicación de un método riguroso que ha puesto los primeros cimientos de la ciencia folklórica en México”.

Después de esta reseña y en el orden de exposición propuesto, ha de reflexionarse sobre el concepto de folklore, al que consideramos como una ciencia autónoma, para ver si este rango se justifica, atentas las características de aquél: la dinámica de su actividad y los resultados de la misma.

Como actitud previa considero necesario consignar algunas definiciones que se han dado del folklore.

Desde el surgimiento del neologismo folklore, se le ha definido en muy diversos sentido y forma, según se le considere como una disciplina independiente, subordinada o como especialización de otras ciencias: Giuseppe Pitré lo define como la “Etnografía especial” que atiende a “la población inculta, a las cosas humildes, a la vida de las montañas, de los campos, de los caminos...”; para Krappe es el “Estudio de las tradiciones no escritas del pueblo, tal como aparecen en la imaginación popular, en las costumbres y creencias, en la magia y en los ritos”; según Enrique B. Wheatly es “La ciencia no escrita del pueblo”; para Alfred Nutt, el folklore es “La antropología que estudia

los fenómenos psicológicos del hombre inculto”; para Mendieta y Núñez, la “Cultura empírica de las sociedades humanas”; según Augusto Raúl Cortazar “es la ciencia que recoge y estudia las manifestaciones colectivas, con valor funcional en la vida del pueblo, que las practica en forma empírica y tradicional”. Para Ralph Steele Boggs, el folklore es “un núcleo completo de cultura tradicional o de modos convencionales del pensamiento y la acción humana creado informalmente dentro de un grupo de personas para sí, pero aceptado de una manera suficientemente extensa para haber obtenido rasgos tradicionales tales como el del anonimato del autor y pautas histórico-geográficas de variantes de formas básicas”. Por fin, en mi concepto “el folklore es la ciencia que tiene por objeto la recolección y estudio de los materiales que forman la tradición popular, señalando el ritmo de sus supervivencias”.

De la consideración sobre los rasgos peculiares del folklore surgirá algún punto de partida para estimar la escasa o la mayor conveniencia de las definiciones anotadas.

¿De qué se ocupa el folklore? Esta es la cuestión inicial y de ella surge espontánea la respuesta: de los fenómenos folklóricos. Pero esta respuesta resulta incompleta si no se sabe qué es un fenómeno folklórico. Porque resulta fácil referirse al “Folklore de México”, al “Folklore de Haití”, a las “Canciones folklóricas”, a las “Danzas folklóricas”, etc., sin tener una idea clara de la connotación y de la denotación del concepto de lo folklórico: en la inteligencia de que la identificación certera de un fenómeno como folklórico, resulta a veces un poco difícil hasta para los mismos especialistas.

En forma un tanto provisional, estimo que se podría definir al fenómeno folklórico como “toda manifestación cultural del pueblo, de tipo tradicional y empírico, que denote variantes en el tiempo y derroteros de propagación”. Ahora bien, ¿qué presupuestos se requieren para la existencia de este fenómeno folklórico? ¿cuáles son los elementos que lo constituyen? ¿qué requisitos se hacen indispensables para que exista?

Sobre este particular también varían los criterios, pero en la copiosa bibliografía existente al respecto, hay una serie de elementos ya casi aceptados en lo general.

Para que un hecho sea folklórico se requieren las siguientes condiciones: primero, que sea popular; segundo, su anonimidad; tercero, que sea oral; cuarto, que se colective; quinto, que acuse la existencia de pautas histórico-geográficas, y sexto, que realice una función dentro del grupo en que se opera.

Con relación a la primera condición, debemos preguntarnos ¿qué es lo popular? ¿lo que proviene del pueblo? pero ¿cuál pueblo? porque pueblo puede ser todo conglomerado social determinado, en suma, una nación.

Deben separarse los campos. La noción de pueblo que interesa al folklore no es la que interesa, por ejemplo, a la Sociología o a la Política. Se trata de un pueblo que constituye un sector determinado de la sociedad poseedor de un saber vul-

gar, no erudito, científico —que resulta ser el de las clases ilustradas— de un sector no superior sino, en suma, el de las clases bajas, que son las más naturalmente alejadas de la erudición, de lo libresco y de la cátedra; en la inteligencia de que esa diferenciación entre clases bajas y clases superiores le resulta útil al folklore ya que éste se acusa precisamente en el contraste de ambas, excluyendo toda idea de categorías y de valor. Por ello dice Alfredo Poviña que “En esa vinculación comparativa debe partirse del supuesto de que no se trata de una relación valorativa, sino puramente situacional...”

Lo popular será entonces lo que provenga del pueblo —entendido conforme a la noción apuntada— en formas, además, peculiares de expresión; sin perder de vista que ese pueblo es definido folklóricamente por el saber vulgar, y no a la inversa (Poviña en su “Teoría del Folklore”).

De lo anterior resulta que no todo lo popular es folklórico, ni todo lo tradicional, ni todo lo colectivo (canciones “popularizadas”, determinadas festividades religiosas, conmemoraciones cívicas, etc. Pero además, y ésto es de especial interés, no sólo se registra el folklore en el seno mismo del sector popular sino también, en ocasiones, en el de la sociedad culta cuando en ella se dan manifestaciones populares, en el sentido expuesto por supervivencia (actos determinados si se cae la sal, evitar el paso debajo de una escalera, no abrir un paraguas en un interior, no viajar en martes y otros muchos de esta índole).

Por otra parte, en el folklore se registran fenómenos de flujo y reflujo que hacen que lo que no es folklórico pueda convertirse en tal y, a la contraria, como en el caso —en la primera situación— de un cantar o composición literaria de autor conocido que es apresada por el pueblo hasta convertirla en tradicional y serle funcional, o cuando —en el segundo supuesto— merced a un proceso de deputación, una obra folklórica se convierte en otra francamente erudita o con tendencias a la erudición (las polifonías que se estructuran inspiradas en temas populares, una obra como la de José Guadalupe Posada, etc.). Y otras veces, en obras populares con interpolaciones académicas, acontece que subsiste lo folklórico en cuanto a lo que sobrevive, registrándose entonces una transculturación.

En cuanto a la anonimidad, el hecho folklórico debe tener autoría desconocida, pues de existir un autor, se trataría de algo producto de la erudición y de los conocimientos adquiridos mediante un orden establecido y un sistema; además el hecho quedaría mayormente arraigado a lo individual, a la creación personal, que no dan precisamente la tónica de lo folklórico, sin que ello excluya la posibilidad de que el pueblo lo sume a su saber vulgar convirtiéndolo en un hecho folklórico.

También se requiere la oralidad del hecho folklórico, pues es tal, todo lo que el pueblo retiene, “todo lo que perdura larvado en la memoria popular, ... (Poviña) guardado por tradición oral, por la capacidad conservadora de las muchedumbres”. Ese requisito todavía origina

discusiones, pues lo escrito parece no siempre quitar a un hecho su distintiva folklórica, como piensa Ismael Moya, ya que el asunto salió de labios del pueblo pero se escribió; debiéndose, en mi concepto, investigar hasta qué punto registra variantes ese hecho, al escribirse y aun si alguien se lo ha apropiado dándole autoría, pues ello debilita su naturaleza popular al individualizarlo, y máxime si se le añaden modalidades de erudición.

Por lo que toca a la colectivización en el fenómeno folklórico, resulta imprescindible y corolario de los anteriores ya que si el hecho no se colectiviza, si no se pluraliza, si no adquiere, despersonalizándose, ese sentido de corriente a que se refiere Steele Boggs en su definición de folklore, no resultará común ni funcional en la vida del pueblo, ni folklórico por tanto. Aun cuando los hechos folklóricos son fenómenos sociales, debe entenderse el concepto colectivización, en cuanto se trata, dentro del propio grupo social, de una sociedad determinada a la que sólo atañe este tipo determinado de fenómeno que es el folklórico y que la caracteriza. De aquí se sigue que lo folklórico no se hace extensivo a todo lo social.

El hecho folklórico requiere también el registro de lo que Steele Boggs llama pautas histórico-geográficas.

En efecto, no basta que el hecho salga de lo individual y se colectivice, sino que viva en el pueblo en forma no teórica sino práctica y activa, pues ese proceso de depuración operado en sucesivas transmisiones que le ha quitado todo rasgo de individualidad, convierte a ese hecho a la postre en folklore. De este modo, la tradición no implica la inexistencia de la innovación, "no es invariabilidad fría y yerma, sino como el río cambiante pero igual" y de "ahí el interés de las variantes". (Cortazar.)

Ahora bien, la huella de esas variantes se manifiesta por las indicadas pautas histórico-geográficas; de aquí que el método con esta base resulte el más adecuado para realizar sus fines al folklore.

El folklore es entonces algo dinámico y proteico pero con un sentido, una corriente fresca y vital y no un escueto cadáver tradicional, y, como piensa Amadeo Amaral "Para comprenderlo es preciso contar con la noción de vida y de movimiento, porque no se trata de algo cristalizado, sino que es una auténtica dimensión de vida en sociedad." ¿De qué interés resulta entonces para el investigador registrar las variantes de un motivo, en diferentes latitudes, ya que ellas le dan a conocer el ritmo de la supervivencia de aquél?

Por fin, el hecho folklórico debe realizar una función dentro del grupo en que se manifiesta; ésta se traduce en un fin común y por ello le resulta este otro rasgo que es el de ser funcional, independientemente de que no viva en aquél en forma doctrinaria o sistemática. Por ello las manifestaciones colectivas deben serlo "con valor funcional en la vida del pueblo" (Cortazar) y podría añadirse, citando otra vez a Povíña, que "El hombre folk es la expresión viviente de la cultura folk, y tiene una función realmente ex-

cepcional, mucho mayor que la del hombre erudito en la cultura científica, porque el saber vulgar tiene como único vehículo de enseñanza y trasmisión, el ejemplo, la oralidad y el quehacer tradicional..." a diferencia del otro tipo de saber ordenado y racional. Y todo esto no dentro de la totalidad de una sociedad, sino de una parte determinada de la misma, matizada con características propias.

Me referiré ahora a la forma y los medios empleados por el folklore para ocuparse de tales hechos.

No se trata de ocuparse en forma arbitraria e inconexa, sino conforme a una planeación determinada que contenga reglas que resulten eficaces para el logro de los fines perseguidos. De aquí que el folklore posea un método para realizar su actividad, método que además, "es clave de un lenguaje cifrado". (Ferrater Mora) De otro modo, si el folklore careciera de esta sistematización, de una técnica eficiente para el tratamiento de sus materiales, resultaría algo desarticulado e inutilizado desde el principio de su actividad para la realización de sus fines. Se quedaría en suma en una especulación teórica carente de sentido.

Diversos métodos folklóricos han sido propuestos: El Antropológico, de Franz Boas; el Funcional, de Malinowsky; el Psicológico que tiene como base la obra de Wundt y el Histórico, que ha resultado insuficiente; teniendo ya casi general aceptación, por sus eficaces resultados, el método finlandés (de Julius y Karle Krohn), o sea el histórico-geográfico, que consiste en la ordenación geográfica y cronológica de las variantes reunidas para su comparación; considerando un tema primero en su totalidad y luego en sus partes a fin de estudiarlo en todos sus rasgos que habrán de ordenarse después, con eliminación de elementos extraños. Por otra parte, se requiere hacer una división geográfica con el objeto de seguir la ruta de propagación de los motivos e identificar la forma original. En seguida se hará el análisis de todas esas variantes para lograr la forma básica, considerando la influencia del olvido o las ampliaciones y modificaciones en su desarrollo, a fin de seguir un criterio en la distinción, hasta lograr identificar dicha forma básica humana, cuyos lugares de origen y derrotero de propagación se determinarán después. El propio Krohn añade, y esto es de capital interés, que no obstante, no basta al investigador la metodología, sino que hace falta también pensar por sí mismo, aplicar un criterio.

Como complemento del método histórico-geográfico, aparece el cartográfico, en el que Suiza en sus Archivos trabaja con asiduidad, contándose en México ya con un Mapa preliminar de las regiones folklóricas, como resultado del Seminario impartido por Steele Boggs en 1945. Ya se cuenta también con una metodología para el cuento, y aun cuando, como indica Boggs, todavía son un tanto imprecisas la extensión y clasificación de las materias folklóricas, ya existen cuestionarios, índices de motivos e instrucciones para la recolección. Por lo demás, como el citado Boggs ha manifestado, de los propios materiales surge la clasificación.

Pero, podemos añadir, entendiendo bien lo inaplazable de esta clasificación, que es orden y a la postre método.

Como corolario de esta forma en que el folklore se ocupa de determinados hechos, debe añadirse que ello lo efectúa desde su propio punto de vista. ¿Cuáles son los resultados de la referida actividad? Pueden resumirse así: La fijación de normas, la declaración de una serie de principios determinados con aspiración de validez general, productos de un proceso de investigación elaborado conforme a un método peculiar, que conforman una rama particular del humano saber. Además, el folklore posee no sólo un sentido de "cómo son las cosas", sino de "cómo deben ser". Tal representarían sus funciones, ética, educativa, etc., en suma su posibilidad última y el súmun de su aspiración.

Con lo expuesto podemos ya estar en posibilidad de emitir algún juicio, acerca del Rango del Folklore.

Puede concluirse que al folklore le resulta corresponder un inequívoco rango científico que le sustrae de la esfera de lo exótico, de lo pintoresco y lo colorido en la que con ligereza se le suele ubicar.

Necesitamos determinar si de acuerdo con lo característico del folklore éste posee una categoría científica en los términos estrictos que a ésta se presuponen y que son: ocuparse de cierto tipo de fenómenos, tener un método para su estudio y derivar de éste determinadas conclusiones, en la inteligencia de que el proceso de investigación registra estas etapas: recolección y clasificación de materiales, estudio, comparación y análisis de los mismos y conclusiones.

¿Participa el folklore de estas modalidades? Indudablemente que sí. Si el folklore tiene un objeto propio y un campo de especulación también especial y trata a ese objeto desde un punto de vista igualmente especial, si para ese tratamiento cuenta con un método determinado y está en posibilidad de obtener principios de vigencia general de esa actividad, resulta ser una ciencia y es más, una disciplina autónoma supuesto que se ocupa sólo de determinada clase de fenómenos desde un punto de vista que le es propio.

En efecto, el folklore tiene un objeto propio, pues sólo se ocupa de ciertos hechos con caracteres específicos que son los hechos folklóricos, tratándolos desde un punto de vista peculiar, desde un ángulo que no es el de la Sociología ni tampoco el de la Etnografía, pues la primera se ocupa de lo social "institucionalizado" a diferencia del folklore que atiende a lo social "no oficial", y la segunda, de la cultura primitiva de los pueblos, en tanto que el folklore deriva hacia el estudio de un sector determinado de la sociedad con una cultura también determinada que es la tradicional.

Finalmente, el folklore como ciencia autónoma, se relaciona también en forma inequívoca con otras como la Historia, la Etnografía y la Sociología, pero no invade su rango ni en el objeto, ni en el método, ni en la conclusión, como tampoco aspira a una dimensión enciclopédica que no puede tener, atento a la circunscripción inherente a su actividad.